



FIESTA DE LOS ESTUDIANTES EN WARTBURGO

## CAPITULO V

### IDEALISMO Y MATERIALISMO

**U**N poeta del tiempo de la guerra de independencia expresó, al fin de la gran lucha, sus temores patrióticos del modo siguiente: «¡Oh Alemania, á qué sublime, á qué gigantesca altura podrias elevarte, llena de fuerza y vigor, si te fuese dado reunir á tus miembros esparcidos aquella cabeza guerrera de que te privaron durante tu sueño; ó si, por lo ménos, esos miembros diseminados, que pretenden ser cuerpos independientes, supieran formar un solo cuerpo!» Este temor de que durarian en Alemania los muchos Estados pequeños, se justificó de la manera más triste, viéndose miserablemente frustradas las esperanzas que los alemanes habian cifrado en emanciparse del napoleonismo. La célebre proclama de Kalisch (mayo de 1813), que habia anunciado la disolucion de la Confederacion germánica y prometido la restauracion de Alemania con una constitucion que «saliendo del genio propio del pueblo aleman, haria aparecer á la nacion más regenerada, fuerte y unida entre los pueblos de Europa,» resultó ser una mentira brillante. Las plumas de los diplomáticos volvieron á echar á perder lo

que las espadas alemanas habian ganado en tantos campos de batalla, situados desde el Katzbach hasta el Sena, inundados de la mejor sangre alemana. Y no solamente lo hicieron los diplomáticos extranjeros, sino tambien los del país. Prusia, que para destruir el yugo francés habia hecho los mayores sacrificios y los mayores esfuerzos, se vió engañada y abandonada por sus «altos aliados.» La corte de Viena se alió con Inglaterra y con la Francia vencida para hacer fracasar las justas exigencias de Prusia y Alemania. En el congreso de Viena, donde, para burlarse de los sufrimientos inmensos por que habian pasado los pueblos hacia veinticinco años, los «privilegiados» y su repugnante partido se entregaron á toda clase de extravagancias, uno de los más acérrimos enemigos de Alemania, el embajador de los Borbones, Talleyrand,



CÁRLOS MARÍA WEBER



CORNELIUS

fué quien llevó la palabra, inculcando al mismo tiempo en el ministro y canciller de la corte y del Estado de Austria, Metternich, el único pensamiento político que este ha tenido, el pensamiento burlesco de la «legitimidad.» A duras penas nació en junio de 1815 el monstruo de la «Confederacion germánica» y el «acta federativa de Viena» imprimió formalmente el sello en la desunion de nuestro pueblo en el interior y su debilidad en el exterior. Por todos los trámites enemigos de la libertad, reaccionarios y sin fondo del congreso de Viena, corrió tambien el hilo incoloro de los desvarios románticos. La nidada de Estados «cristianos,» á los que los románticos dejaron desplegar las alas, dió por resultado la solemne farsa de la llamada «Santa Alianza» (setiembre de 1815), á la cual imprimieron su primer impulso un filosofastro demente y una dama que de cortesana se convirtió en gazmoña. Las «resoluciones de Carlsbad» (1819), y las «actas finales de Viena» (1820), completaron para Alemania, y los congresos de Aquisgran, Troppau, Laybach y Verona para Europa, el sistema de una reaccion y compresion tan estúpidas como desapiadadas, que naturalmente se reunió con el «clericalismo» restablecido, y estipuló con la curia romana «concordatos» que permitieron abrigar al papismo las esperanzas más osadas.

La restauracion oficial (1814) de la orden de los jesuitas que desde 1773 sólo clandestinamente habia sido activa, fué aplaudida con júbilo por la diplomacia romántica. Los pueblos, exhaustos del todo y callados por fuerza, lo sufrieron por algun tiempo todo sin resistirse. Por lo



que tocaba á Alemania, políticamente sólo era una «expresion geográfica,» segun el señor de Metternich habia decretado. La juventud alemana, en la que seguian viviendo las ideas y esperanzas de las guerras de independencia y que en las universidades habia formado *burschenschaften* (asociaciones de estudiantes) para conservar y alentar la idea de la union y libertad alemanas, lo que sin embargo á menudo hizo por extraño modo (Liga de Wartzburgo de 1817) y por medio de mal empleados excesos (asesinato de Kotzebue por Luis Sand, en 1819), rechazó este decreto. Pero aquellos estudiantes que en su bandera ostentaban los colores negro, rojo y dorado como emblemas de la libertad y union de Alemania, tuvieron que pagar caros sus sueños patrióticos; con tristeza recordamos las persecuciones á que estuvieron expuestos. Prusia, gobernada por cabezas de reducido talento y guiada por la política preponderante de Metternich, hizo ejecutar estas persecuciones con el mayor celo por hombres como Kamptz, Schmaldz y Tzchoppe. La revolucion francesa de julio de 1830 resonó tambien aquende el Rhin, pero los súbditos de los Estados grandes y pequeños de Alemania se habian acostumbrado al régimen de policía vigente hacia quince años de tal modo, que los más avanzados entre ellos sólo hicieron demostraciones sin importancia ó carnavalescas (fiesta de Hambach 1832, atentado de Francfort 1833) y en algunas partes, como en Cassel y Brunswich, revoluciones en miniatura. El constitucionalismo tal como desde 1816 se habia formado en los Estados de segunda categoría y microscópicos de Alemania, ya no era de por sí sino una apariencia engañosa, y no podia ser otra cosa dado el absolutismo que reinaba en Viena y Berlin y por lo tanto tambien en la «Dieta federal» de Francfort. No obstante, el pueblo, en su abyeccion, temia aún esta apariencia constitucional y por lo tanto la famosa «conferencia de ministros» de Viena de 1834 le impuso condiciones que de las fórmulas constitucionales y parlamentarias en los Estados arriba citados hicieron palabras vacías de sentido. Como primer indicio de un porvenir mejor en nuestro país podia considerarse la circunstancia de que el soñoliento gobierno de Federico Guillermo III pareció recordar por fin la «vocacion alemana» de Prusia, atreviéndose á deshacerse de la influencia de la cancillería de Viena, al ménos hasta el punto de poder fundar la confederacion aduanera pruso-alemana (1828-1837) que abrió el camino á la unidad nacional en el terreno material, siempre de gran importancia en todas las cuestiones.

Los ideales de la nacion, impedidos brutalmente de tomar parte en la vida política, se retiraron á los estudios de los sabios, á las aulas de las universidades, á las buhardillas de los poetas y á los talleres de los artistas. Las voces que aconsejaban buscar en la religion el consuelo de los sufrimientos, desengaños y desalientos de la época, encontraban buena acogida en el pueblo. El catolicismo se habia reforzado vigorosamente con el romanticismo, y el protestantismo, para no sucumbir á Roma, tenia que recoger tambien todas sus fuerzas para trabajar «por el reino de Dios»; por consiguiente los rayos de luz con que la instruccion y la ciencia habian inundado tambien á las iglesias alemanas empalidecian más y más, extinguiéndose por fin del todo. La ceguedad de los gobiernos alemanes favorecia la importacion del ultramontanismo de Francia, donde primero se habia desarrollado sistemáticamente como reaccion contra las saturnales ateistas de la época del terrorismo. Ya en el tiempo de la restauracion la doctrina y la práctica ultramontanas eran poderosísimas; esto lo demostraban de un modo aterrador las reconvenciones y las medidas de rigor tomadas por la sede romana contra los prelados y sabios alemanes

que, si bien eran buenos católicos, se atrevian á defender contra la tiranía del jesuitismo los derechos del espíritu, como el benigno Sailer, ó los derechos de nuestro pueblo como Wessenberg con sus ideas nacionales, ó los de la razon como el racionalista Hermes. La ortodoxia restablecida, desarrollada con fanatismo extremado, dió, así en el catolicismo como en el protestantismo, sus frutos correspondientes, frutos que sólo en cantidad pero no en calidad eran diferentes de los de la barbarie religiosa de la Edad media, de los asesinatos cometidos en herejes, brujas y judíos.

Miéntas que en el seno del pueblo se practicaba de este modo la religion restablecida, dentro de la ciencia alemana un hombre de elevadas dotes y buen patriota, F. D. E. Schleiermacher, habia emprendido la tarea de encontrar un lazo de union entre la fe y la ciencia, entre el dogma y la razon, entre la teología y la filosofía, ó si no lo encontraba, de crearlo él mismo—«Cubrir con un velo la verdad desnuda es el deber de los teólogos prudentes»—por medio de su «Doctrina de la fe cristiana» (1821). Esta empresa idealista tuvo el resultado que suelen tener tales empresas, es decir, Schleiermacher no convenció por medio de su «teoría de mediacion» á nadie más que á los que ya lo estaban. Más despreocupada, atrevida y fiada en sus fuerzas que la teología, podia presentarse la filosofía despues que en Jorge Guillermo Federico Hegel (1770-1831) de Stuttgart hubo encontrado un representante, que fué para la primera mitad del siglo XIX lo que Kant habia sido para la segunda mitad del XVIII, es decir, el hombre científico que dió un sistema al espíritu de la época. El Credo de Hegel es el idealismo absoluto; estima como la más alta dote de la razon la supresion de los contrastes entre el espíritu y los sentidos, la inteligencia y la naturaleza, el yo y el mundo, entre el sujeto y el objeto, en la unidad del sér que todo lo abraza, de lo «absoluto.» Pero este absoluto no es una unidad rígida é inactiva, sino un proceso sin principio y sin fin, un movimiento eternamente progresivo por medio del cual el pensamiento sustancial, impersonal, infinito, independiente, activo sólo por sus propias leyes y formas, representa y realiza su sustancia ideal en la forma del sér exterior y de la existencia inmediata. La idea absoluta ó razon llegada de este modo á comprenderse á sí misma es: 1.º, la idea puramente lógica, abstracta; 2.º, la naturaleza; 3.º, el espíritu; por consiguiente la filosofía se divide en lógica, filosofía natural y filosofía espiritual. El espíritu es «la idea que á sí misma se ha comprendido,» el «pensamiento que á sí mismo se conoce.» Como tal se demuestra subjetivamente en forma de conocimiento y de voluntad; objetivamente como derecho, moralidad y gobierno, absolutamente como lo bello, como el arte, que principia con la arquitectura y por medio de la escultura, pintura y música se desarrolla hasta llegar á su perfeccion en la poesía; como la religion, que es la reconciliacion de lo finito con lo infinito, la union de lo divino y de lo humano. Cuando despues el espíritu rompe la forma de la idea religiosa, se hace «filosofía absoluta,» que es el pensamiento que á sí mismo se reconoce como verdad entera, que de sí mismo crea todo el universo natural y espiritual. Al tratar de la forma objetiva en que se presenta el espíritu, Hegel habla con acento solemne de lo sagrado del matrimonio y de la familia y se inclina á la idea antigua sobre el Estado, sacrificando el libre movimiento de la persona al pensamiento de la omnipotencia del Estado. Como forma política prefiere á todas las otras la parlamentaria-constitucional, en la que «al rey únicamente corresponde poner los puntos sobre las *i*.» Sin embargo, las ideas políticas del «real filósofo del Es-



tado prusiano,» Hegel, que también ha pretendido justificar las «resoluciones de Carlsbad,» son tan poco claras y tienen tantos apéndices, que el absolutismo ó cuando ménos el burocratismo podían fundarse en ellas lo propio que el liberalismo, el cual, bajo la ostensible influencia de la filosofía de Hegel, formuló su doctrina muy circunstanciadamente en el «Lexicon del Estado,» redactado por Rotteck y Welcker y considerado mucho tiempo por los liberales alemanes como una especie de biblia política. La importancia de Hegel como civilizador de su propio país consistía en que consideraba la razón como la verdadera esencia de todo sér, introduciendo metódicamente el racionalismo universal en el dominio de la ciencia. Sabido es que condensó su sistema en el siguiente principio que proclama la soberanía absoluta de la razón: «Todo lo que es real es racional, todo lo que es racional es real.» Tal es la tesis base de su sistema (débil y defectuoso solamente en cuanto á sus concesiones en favor de la Iglesia y del Estado), verdadero arsenal que ha provisto de afiladas armas á la crítica devastadora.

De este arsenal han sacado las suyas tres críticos notables: David Federico Strauss que, procedente de la escuela del gran teólogo guerrero Cristiano Baur, quiso socavar los cimientos del cristianismo clerical con su *Vida de Jesus* (1835), recibida con espantoso clamoreo en los círculos teológicos; Luis Feuerbach, quien en su *Esencia del Cristianismo* (1841) pretendió resolver en mitología el dogma cristiano y en antropología la teología, la cual en el fondo no era más que una larga paráfrasis de la antigua sentencia: «Tal hombre tal Dios,» y Arnoldo Ruge quien, como director del «Almanaque de Halle,» demostró la frivolidad y falsedad del romanticismo, y sometió al juicio de una crítica filosófica y luminosa los problemas y los hechos de la política.

El movimiento científico había sido tan general como constante en Alemania, desde el primer período de la restauración. Trabajábase con asiduidad y éxito en todos los ramos de la ciencia. El impulso dado á la historia por los estudios clásicos y germánicos, produjo soberbios resultados. Leopoldo Ranke fundó la escuela histórica «diplomática,» descubrió maravillas en la investigación de archivos, y elevó, como escritor, el estilo de la historia alemana á un grado de rigidez marmórea, en el que ciertamente se notaba á menudo la falta de sentimientos humanos. Pertz, biógrafo de Stein, erigió el gigantesco «Monumenta Germaniæ historia,» que se atribuye á instigación de Stein. Gran número de historiadores eminentes han explorado también y cultivado los campos de la historia antigua, de la Edad media y moderna, nacional y extranjera, de manera que nuestra ciencia histórica, no sólo no es inferior á otra alguna, sino que, al ménos en cuanto al método, puede servir de modelo á todas las otras. La historia de la literatura y del arte tuvo asimismo dignos cultivadores, cabiendo el mayor mérito bajo este punto de vista á Gervino por su «Historia de las artes imitativas.» En jurisprudencia, las dos escuelas fundadas, una por Savigny con el nombre de histórica, y otra por Thibaut con el de filosófica, se colocaron frente á frente: aquella sentando la opinión de que la ley pudo resultar únicamente del desarrollo histórico de la ciencia nacional jurídica, y esta sosteniendo la idea de que el derecho y la ley se desarrollan á favor del espíritu popular y de la conciencia de la época. Poco á poco se hacía sentir más la necesidad de una fórmula científica de los principios de economía política, á la manera que Smith y Say habían hecho en Francia é Inglaterra; reconociéndose entónces lo dañosos y perjudiciales que eran, para la teoría económica, la falta de vida

pública y los obstáculos opuestos á la práctica comercial é industrial. El primer profesor de economía política de Alemania, que á un extenso conocimiento de las cosas reales supo unir un carácter independiente y un criterio propio, fué Federico List (nacido en 1781), cuyo sistema nacional de economía política ha sido el fundamento científico de todos los ensayos verificados desde aquella época para resolver el gran problema: «Proteccionismo ó libre cambio.» A la discusión de las cuestiones económicas, se agregaron, principalmente en Alemania, las más apasionadas siempre sobre la cuestión social, que por lo demás es tan antigua como la sociedad y no se resolverá jamás ni en la forma que quisieran cándidos visionarios ni en la que esperan calculadores embusteros. Mucho mayores que en economía política han sido los resultados del poderoso movimiento del siglo XIX en las ciencias físico-matemáticas. Astrónomos y matemáticos como Gauss, Mädler, Jakobi, Dirichlet y otros, han preparado y facilitado los prodigios de la mecánica moderna con sus ingeniosas investigaciones y descubrimientos. Hombres de tanto mérito como Oken y Liebig han iniciado la brillante serie de los ordenadores y propagandistas que ilustraron el talento y la laboriosidad de los alemanes en geología, en geognosia, en mineralogía, en fisiología, en zoología, en física, en química y en botánica. Cosmopolita de la ciencia, Alejandro de Humboldt (nacido en 1769), abarcó en su mente las ciencias naturales, siendo más competente que ningun otro para escribir su *Cosmos, ó Historia universal de la naturaleza.* El universalismo de nuestros clásicos inspiró al creador de la geografía comparada, Carlos Ritter (nacido en 1779), la idea de su magnífica pintura de la superficie terrestre. Entre los tesoros más preciosos de nuestro pueblo, deben contarse los que se debieron á las investigaciones y descubrimientos en las ciencias naturales de los contemporáneos de Humboldt. Este sabio, que á la vez era un hombre de mundo, contribuyó con la palabra y el ejemplo al provechoso consorcio de la ciencia y la vida, generalizando con su enérgica iniciativa el conocimiento de la naturaleza.

La venida de Cornelio á Munich (1825) abrió al arte una nueva era. En la ciudad del Isar, en donde Klenze edificaba y esculpía Schwanthaler, nació de la unión del clasicismo y del romanticismo el nuevo estilo artístico alemán, empleado por Guillermo Kaulbach en sus grandes composiciones histórico-simbólicas, ora con una sensibilidad sublime, ora con una ironía mordaz. ¿Quién no se ha deleitado con el «Reineke,» verdadero triunfo del humorismo alemán? Otros géneros de la escuela de Munich fueron elevados á la perfección por Schwindt y Genelli, mientras la escuela del pintor de Düsseldorf, Carlos Federico Lessing, que florecía en la misma época, conquistaba el primer puesto con sus cuadros históricos. Desde entónces, en Munich y Düsseldorf, en Viena y Berlín, en Dresde y Francfort, en Stuttgart y Karlsruhe, el arte nacional se ha mostrado tan rico y pujante en la escultura, pintura y arquitectura, las ciudades alemanas han sido tan embellecidas por arquitectos como Semper y Hansen, por escultores como Zumbusch y Schilling, que ya no suenan como vana alabanza sino como la expresión de un hecho innegable, las siguientes palabras de Rüchert:

«Grande la raza alemana  
Era desde su principio;  
Ya dique de libertad,  
Ya almena de poderío:

Luégo, por favor del cielo  
Hasta la cumbre ha subido  
Del arte, para vencer  
Además por el espíritu.»